El sueño repetido

Mauricio Molina

En este relato de Mauricio Molina (1959) —que continúa las obsesiones de libros como Mantis religiosa, Telaraña *o* Fábula rasa*— una pareja se pierde en los laberintos de la pesadilla y el sueño.*

Araceli y Fernando, después de vivir juntos durante varios años, mantenían un equilibrio virtuoso salpicado de miradas fugaces, gestos minúsculos, señales de cariño, enfado y complicidad. Sin hijos, solos, ya pasados los cuarenta, compartían un pequeño departamento y, como sucede con este tipo de parejas, la convivencia requería de un tenue y dilatado esfuerzo. Conversaban de los eventos cotidianos con aburrimiento, pero las minucias de comer juntos o tomar un café compensaban el vacío aparente de sus vidas. De cuando en cuando el sexo los unía y hacían el amor sin teatralidad ni simulacro; era una manera de estar más juntos: un refugio frente al caos del exterior compuesto de pagos, deudas, rentas, problemas en el trabajo, la amenaza de la violencia, vérselas con el tráfico, sudar para alcanzar la siguiente quincena aguantando la respiración, como si la alberca del tiempo fuera demasiado grande para sus pulmones.

Araceli trabajaba como secretaria en un banco: sus horarios eran rigurosos, pero ya sabía cómo sobrellevarlos. Se desdoblaba en un ser eficaz, que se sumergía en sus tareas con detenimiento no por un afán de excelencia, sino sólo para poder pasar desapercibida por sus jefes y compañeros de trabajo. La discreción era su emblema, si bien conversaba en los descansos con sus compañeros de trabajo y acudía a las reuniones obligadas de la oficina.

La vida de Fernando no era menos refractaria al mundo de los otros. Había abandonado la carrera de maestro muy joven y había decidido trabajar en un sitio de taxis donde percibía un poco más de lo que hubiera ganado como profesor de matemáticas en una secundaria. No tenía ambiciones de ningún tipo; de hecho éstas le parecían un exceso de vanidad: su centro se encontraba en Araceli; no quería más, no buscaba otra cosa. Él también sabía cómo disfrazarse del chofer acomedido que mantenía limpia y bien aireada su unidad, lo que a menudo redundaba en una buena propina. Silencioso, tímido, ponía música clásica a sus clientes, quienes en ocasiones le pedían que mejor apagara la radio. No se aventuraba por lugares oscuros ni por callejones peligrosos. Nunca, en todo el tiempo que llevaba trabajando como taxista, se había encontrado en una situación peligrosa, salvo algunas ocasiones en que tenía que llevar a algún ebrio en la madrugada o atestiguar peleas y forcejeos de prostitutas con sus clientes o parejas en estado inconveniente. A las seis de la mañana terminaba su trabajo y se iba a su casa a desayunar con Araceli, quien lo esperaba con una taza de café, ya vestida y lista para irse al trabajo, mientras Fernando se quedaba en la casa, leyendo el periódico, hasta que le daba hambre, se preparaba un buen almuerzo y a eso del mediodía se sumergía en un espeso sueño del que despertaba un poco antes del anochecer.

Cuando Araceli llegaba al departamento, Fernando ya tenía preparado algo para cenar. Conversaban de los detalles nimios del trabajo y luego Fernando se alistaba

para salir a trabajar mientras Araceli se desmaquillaba, se quitaba el traje, las pantimedias y se ponía su camisón. A eso de las diez de la noche los dos se lavaban los dientes y ella se quedaba a ver la televisión y él salía de la casa.

Sin embargo, el equilibrio siempre es algo precario y sólo puede perdurar durante algún tiempo: la entropía, el azar hacen de las suyas y algún elemento externo rompe con los estados armónicos lanzándolos al caos. No fue ni un amante, ni una querida, ni un accidente, ni una discusión sobre el tedio de la existencia; lo que desató la crisis no fue provocado por ellos, sino por un agente externo, un virus, una especie de enfermedad de la realidad que afecta aun al más silencioso y escondido rincón del universo: comenzaron a soñarse, y los sueños, como todas las formas que transcurren en el tiempo, son una especie y tienen sus formas, sus géneros, sus variantes; pesadillas, fantasías, deseos ocultos comenzaron a emerger primero bajo la forma de leves señales y más tarde con la potencia de una tormenta impredecible.

Cuando llegó a la estación del Metro, Araceli miró sorprendida el andén. No había casi nadie. Parecía una mañana de domingo. A lo lejos, al otro lado, se alcanzaban a ver un par de figuras esperando. El espacio parecía haberse alargado. Miró su reloj: las manecillas se movían mucho más lento que de costumbre. Cada segundo duraba una eternidad. "Voy a llegar tarde", pensó. Una mujer desnuda, cubierta de una delgada película de pintura roja, con zapatos negros de tacón, muy atractiva y joven, pasó de repente frente a ella. Había salido de la nada. Le pareció conocida. Trató de no mirarla para no incomodarla, pero era imposible quitarle la vista de encima. En realidad aquella muchacha le atraía. Cuando llegó el Metro la perdió de vista. El vagón estaba atestado. Unas manos le rozaron las caderas. Una señora, casi una enana, se apretujaba contra sus senos. Araceli la miró y pensó que era una bebé gigante a la que estaba amamantando. La gente se fue bajando del metro hasta que quedaron unas cuantas personas. Un vendedor de música le ofreció descargar en su celular un quinteto de Shostakovich o un preludio de Chopin. El rostro del sujeto presentaba múltiples heridas y le recordaba vagamente a Fernando, acaso por la propensión a la música clásica. La roja mujer desnuda se le acercó y le pidió algo en secreto. El hombre sonrió y sacó de su morral una pequeña caja roja con un moño negro y se la dio. La mujer desnuda bajó del metro y Araceli escuchó cómo se alejaba taconeando a toda prisa.

Dorothea Tanning, *Cumpleaños*, 1942

Llegar a la oficina era como entrar a un recinto donde reinaba un aguacero; las máquinas de escribir, innumerables, resonaban interminablemente. Lo más extraño no era ver a todos los empleados escribiendo informes o tecleando cuentas en las máquinas registradoras, había otro elemento más perturbador: al principio parecían alucinaciones, proyecciones bidimensionales, pero comenzaron de repente a moverse a su antojo por toda la oficina. Eran los signos de interrogación convertidos en siniestros escorpiones que se movían por todos lados, se salían de las páginas con los aguijones erectos, dispuestos al ataque. Los enfermeros esperaban. De pronto, una secretaria gritaba aguijoneada por uno de los arácnidos y se la llevaban en una ambulancia. Nunca había regresado nadie. El diabólico espectáculo duraba toda la jornada. Al final del día se daba parte de las víctimas de los signos. En épocas de crisis la situación era alarmante. Los alacranes de interrogación hacían extrañas formaciones arremolinándose en las paredes, recorrían las mesas, saltaban sobre los empleados. Si alguno de ellos, debido al horror, se agitaba, se salía de su lugar o emitía algún gemido de susto o de picadura, era inmediatamente removido. El despido o la muerte eran las únicas salidas. Las ambulancias iban y venían, impasibles. Se llevaban a las víctimas y siempre había desempleados dispuestos a sustituirlos.

Un fuerte olor a café inundó la atmósfera. Araceli despertó sorprendida de encontrarse en su propia cama. Fernando le sonreía.

—Se te hizo tarde. ¿Qué tal dormiste?

Fernando atravesó la ciudad para encontrarse con un hombre sin manos. Cuando subió al vehículo, el pasajero le mostró los muñones. En el radio se hablaba del inminente fin del mundo. Al cabo de un rato el pasajero extendió las manos y le dijo:

—Ahora tengo las palmas de las manos al revés.

Con los brazos extendidos, rozando el asiento del piloto, Fernando vio por fin las líneas de las manos extendidas. Al revés.

—Así nací. Las manos sólo me crecen cuando las necesito.

Al pagar, el hombre dejó caer un puñado de billetes. Fernando ni siquiera quiso contarlos. El sujeto bajó del automóvil y se cubrió el rostro con las palmas de las manos protegiéndose de la ceniza. No tenían dorso.

Una mujer desnuda cubierta de pintura roja esperaba impaciente para subirse al taxi. Era Araceli, sólo que mucho más joven. Le pidió dirigirse a unos departamentos en el norte de la ciudad. Todo estaba en ruinas. "Acaso ya llegó el fin del mundo y no nos hemos dado cuenta", pensó. A través del espejo retrovisor pudo observarla: sí era Araceli unos diez años antes, justo cuando se habían conocido. La mujer mantuvo los ojos cerrados durante todo el trayecto, pero sus pezones no parpadeaban, lo miraban fijamente. En plena madrugada. Sintió celos y rabia, pero no se atrevió a expresarlos. Cuando bajó del auto frente a un edificio gigantesco, la mujer le pagó con una caja roja envuelta con un moño negro. Al abrirla se encontró con unos curiosos pendientes de pelo de los que colgaban dientes humanos. Se miró la cara en el espejo retrovisor y no tardó en reconocer un par de agujeros atravesando sus propios colmillos.

Fue la primera vez que pensó en el significado de los dientes y los cabellos en los sueños. Pensó que si en sueños significaban una cosa, ¿no significaban lo mismo cuando estaba despierto? ¿Estaba dormido?

Se deshizo de sus pensamientos cuando su padre, muerto desde hacía muchos años, lo detuvo y le pidió que lo llevara a la calle de Xólotl, cerca del cine Cosmos, a cambio de una jugosa propina. Ni siquiera sabía cómo llegar hasta allá. Su padre le indicó la ruta.

—Ahí naciste, ¿sabes? Te criamos como pudimos, tu madre y yo. ¿Cómo está ella?

—Bien, bien... Prepara el mejor pozole del mundo y todavía de cuando en cuando nos hace enchiladas verdes, como lo hacía la abuela.

—¿La ves a menudo?

—Sí, sí. Cuando puedo...

—¿Y hablan de mí, con ella, con tus hermanos?

—Casi no... El otro día vimos una foto tuya.

—Con razón se me olvidan tanto las cosas. ¿Por qué está todo así... en ruinas?

—Hace tiempo que el gobierno le declaró la guerra a la población y nos estamos extinguiendo.

Richard Oelze, *La espera*, 1935

La lluvia de ceniza había arreciado.

Dejó a su padre en una zona de casas bajas incendiadas.

—¿Estás seguro de que quieres que te deje aquí? ¿No quieres venir a la casa un momento? Me gustaría que conocieras a mi mujer. Sólo sería un rato.

—No... vivimos en lugares diferentes. No quiero ser una carga. Cualquier lugar es lo mismo. En cuanto te olvides de mí voy a desaparecer hasta que me vuelvas a recordar.

Su padre descendió del vehículo y desapareció detrás de una reja que cercaba un lote baldío.

Encendió la radio. Un locutor, enloquecido, anunciaba el fin de la muerte, el comienzo de una nueva vida. Cambió de estación y escuchó un extraño rezo, casi un murmullo: *Ya nadie nos moldea con tierra y con arcilla, / ya nadie con su hálito despierta nuestro polvo. / Nadie. // Alabado seas, / Nadie. / Queremos florecer / por tu amor / contra / Ti.*[1]

Cuando llegó a su casa encontró a Araceli desnuda, joven, exactamente tal y como la había conocido años antes, sentada en el sillón de la sala, el cuerpo maquillado de rojo, con los zapatos negros de tacón y los aretes de cabello en los oídos de los que pendían los colmillos de Fernando. Todo flotaba a unos milímetros del suelo: una leve falla de la gravedad.

—Ya no es necesario volver a salir —dijo Araceli imperturbable, con gestos hipnóticos, con los ojos cerrados. Sus senos lo miraban fijamente.

—Sí, lo sé —respondió Fernando—: ya sólo somos sueño.

Se tomaron de la mano y se perdieron en el fondo de su habitación.

[1] Paul Celan, *Salmo.*